

- CAPITULO I

En el puerto de Málaga, los indicadores marcaban la dirección a seguir para embarcar en el Ferry que navega hasta Melilla, el barco zarpaba a las doce del mediodía, Juan solo tenía que seguir la cola de automóviles que rodeaba la estación marítima. Al fondo, el gran barco, casi cuadrado, quizás cúbico, blanco y azul.

Un guardia Civil, al final de la cola, miraba la documentación, y un empleado de la compañía Trasmediterránea cortaba los tiques de embarque.

Juan tenía la sensación de ser engullido por una enorme ballena metálica, cúbica, blanca y azul. La rampa de acceso era ruidosa, chillona, se quejaba como una embarazada al paso de cada vehículo. Tras ella, un empleado dirigía la maniobra de estiba, los camiones eran colocados en la cubierta inferior, los coches en las superiores. Unas estrechas escaleras daban acceso a las plantas superiores, en ellas se encontraban los salones y las cafeterías, ruidosamente ocupadas por el pasaje.

Juan se acomodó en el salón de proa, con una amplia cafetería limitada por el mamparo más a popa, y las amplias cristaleras de proa, que permitían ver el azul del cielo y del mar; las bandas de babor y estribor, estaban ocupadas por asientos corridos, a modo de sofás. El centro del salón con butacas y mesas esparcidas al azar, el suelo enmoquetado de azul y el techo forrado con plaqué crema muy claro, salteado de luces empotradas, redondas, pequeñas y siempre encendidas.

Se acercó a la barra de la cafetería y pidió Juan una cerveza, le dieron una lata de “Cruzcampo” y un vaso de plástico, antes de tocarla, tuvo que pagar doscientas veinticinco pesetas. Caro y malo el servicio, pero lo de la libre competencia era difícil de llevar a cabo en aquel lugar, donde el capitán era dueño y señor como un noble en la época feudal.

Un golpe de sirena y el barco se puso en movimiento, Juan tomaba su cerveza y observaba el variopinto pasaje; moros cargados de paquetes, eran mayoría, o al menos se les veía más. Trabajadores ruidosos con sus mochilas, ejecutivos con portafolios, bien trajeados, que simulaban resolver cosas a un lado y a otro del Mediterráneo. Militares jóvenes, rapados, pertenecientes a la “Legión” o a “Regulares”, a ellos se les distinguía por sus petates, y por las insignias grabadas en sus ropas y equipajes. Gruesos conductores de camiones, con mil acentos y varias nacionalidades, que transportaban diferentes mercancías y que lo contaban a todo el que quería escucharlos. Locuaces y deseosos de compañía, quizás fuera culpa de la soledad del camión.

A las dos, la megafonía anunciaba en español, francés y árabe, que el comedor estaba abierto. Hacía algún tiempo que la costa española se había perdido de vista, desdibujándose entre la mar y el cielo, el barco marchaba por mar abierto. Juan decidió comer alguna cosa y tomar una botella de rioja.

El comedor, un pequeño salón a estribor, con capacidad para cincuenta comensales, se accedía a él por el pasillo de estribor, separado de cubierta por unas cristaleras; al entrar, un estrecho corredor, formado por la barra del autoservicio, que no era tal autoservicio, y una barandilla de fuertes tubos de acero inoxidable. Al final, la caja registradora, en la que un empleado marcaba lo que la bandeja portaba. La comida, mal

traída, aunque la cobraban como buena, podríamos decir más bien como excelente. Comió Juan y bebió; lo mejor sin ninguna duda fue el vino.

Sobre las mesas del salón de proa, no muy lejos del comedor, los musulmanes habían sacado sus viandas y estaban de merendola, con su particular forma de comer, todo manual, escupiendo continuamente sobre la mesa, los pequeños restos de comida, las espinas del pescado, los huesecillos del pollo. Formando pequeños montones de desperdicios, que al final tirarían, “posiblemente”, en las papeleras. Todo aquello le recordó a Juan su niñez, los vagones de tren de tercera clase, aunque eso de escupir, en los vagones de tren no sucedía, o al menos él no lo recordaba.

Juan, después de abandonar el pequeño comedor, fue de nuevo al salón de proa, tomaba café en la barra y recordaba sensaciones de sus últimos viajes por Marruecos. Sus viajes por esta franja norte de África, siempre habían estado llenos de sorpresas, las unas agradables y otras desagradables, siempre le había parecido que al traspasar la frontera por Beni-Enzar, traspasaba la barrera que separa la realidad de la ficción; introduciéndose en un mundo imprevisible, sorprendente, que le proporcionaba grandes sensaciones placenteras, pero a la vez una sensación de miedo quizás irracional. Miedo, que cuando ya se encontraba inmerso en este mundo, desaparecía, pero que antes de llegar a tocarlo, de llenarse de él, no podía reprimir.

Juan vio la mar a través de los ventanales y quiso salir a cubierta, terminó pronto su café y salió por la puerta de babor, solo agua, la mar estaba en calma, el horizonte se difuminaba entre la bruma y la calima. Durante las próximas tres o cuatro

horas solo vería agua, solo la mar llenándolo todo. Aunque dependía de la nitidez del día, tardaría en ver la costa africana.

Pasada media hora sintió frío, la humedad era penetrante y la brisa traspasaba su ropa. Al entrar de nuevo en el salón de proa, la mayoría de los musulmanes habían terminado de comer y se habían tumbado, se habían literalmente derrumbado sobre los sillones y sofás, sin zapatos, tapados con alguna mugrienta chilaba o abrigo, tal vez alguna ajada manta.

Algo después de las siete de la tarde, comenzaron a verse las costas de África, en el mismo momento que el sol se aproximaba al horizonte de poniente. Salió Juan por estribor a cubierta y se dispuso a ver una puesta de sol en el Mediterráneo, mientras tanto, por la proa comenzaban a dibujarse perfiles de África.

El sol se enrojecía más y más, sus reflejos teñían las tranquilas aguas, parecía un espejo azulado, que recibiera reflejos de un rojo farol.

Cuando el sol tocó la superficie del agua, sus sentimientos, desobedientes a su cerebro, esperaban que el agua humease y chirriase; como cuando en la fragua, el forjador mete un hierro al rojo en la pila para templearlo. No fue así, en silencio, el rojo y luminoso disco, fue introduciéndose en el horizonte de agua, dejando la superficie llena de rojos, amarillos y azules. Cuando se ocultó, algún triste sentimiento lo invadió todo, el principio, el fin, la energía, se había tapado; solo alguna nube deshilachada, seguía reflejando el fuego rojo, el resplandor del Dios de nuestros mayores.

El cabo "Tres Forcas" apareció por proa, altivo y punzante, como una aguja oscura, amenazante y rocosa, clavada en la

mar. Juan, pasó de proa a estribor mientras sobre la mar caía la noche. El barco ganó la bocana del puerto e inició la maniobra de atraque, la ciudad podía verse claramente, estaba dividida en dos, la ciudad modernista y europeísta, y la Melilla antigua.

El barco atracó bajo la vetusta y pétrea muralla, que constituía la antigua fortaleza, aquella que conquistó don Pedro de Estopiñán, el almirante de los Duques de Medina-Sidonia. Melilla fue andaluza, antes de que España fuera un solo país, cuando aun reinaban Isabel y Fernando.

La ciudadela lucía esplendorosa, iluminada por potentes focos, su resplandor contrastaba con las tristes lucecitas, que en la otra orilla, mostraba el puerto marroquí.

Al desembarcar Juan, cuando salía de la barriga del Ferry con el coche, un musulmán con chilaba blanca, de pañete, le hizo señas desde el muelle; Juan paró el coche a la derecha, se salió de la cola de los coches que desembarcaban para no estorbar. El moro subió al asiento delantero, saludó muy cortes y sumiso, le preguntó por toda la familia, y luego se llevó la mano al pecho, a la altura del corazón. Juan dio gracias de que no lo besase, es su costumbre, este en particular era un besucón.

- Monsieur Juan, iremos a cenar a “Los Salazones”, nos esperan Mohatar y Abdelkader.
- ¿Me has reservado hotel?
- Claro, en el Parador, como a usted le gusta monsieur Juan.

El Parador, es el hotel más caro y más tranquilo de la ciudad, cosa que en Melilla ha de tenerse muy en cuenta.

Una vez cruzado el “Río de Oro”, giraron a la izquierda, para luego tomar el paseo marítimo. En este lugar, pudieron ser testigos de la carga de unos policías antidisturbios, sobre unos moros zarrapastrosos, que intentaban esconderse bajo el puente.

Uno de los moros, saltó el muro de hormigón del canal, más de dos metros de altura y con suelo resbaladizo por la verdina del agua. Un golpe enorme, seguramente se había fracturado algo. El policía dio la vuelta al muro, por la cercana desembocadura, llegó hasta él y le dio una brutal paliza con la porra reglamentaria. Juan paró el coche algo extrañado primero, y luego muy indignado. Mustafa le dijo.

- Esto es Melilla monsieur Juan, y ese es un “moro”.

Cuando Mustafa decía que era un moro, en tono despectivo, se refería a que era un “sin papeles”, alguno de Marruecos, luego continuaron su marcha.

El paseo marítimo, en la noche, tomó tintes de arrabal, por cualquier calleja se veían cruzar grupos de moros que se escondían de la policía. Los marroquíes pobres, deben abandonar la ciudad al anochecer, pero intentan quedarse en Melilla y robar algo durante la noche. Para los marroquíes ricos es diferente, hay que tener en cuenta que vienen a Melilla a beber alcohol y por lo tanto dejan mucho dinero, gracias a esto pueden quedarse hasta más tarde.

El paseo está demasiado cerca de la frontera de Beni-Enzar, desde él se ven los pesqueros marroquíes, se escuchan en el silencio de la noche sus ruidosos motores, salen a faenar. También se pueden ver algunas que otras lanchas rápidas cruzar desde el puerto de Melilla al de Beni-Enzar, luces apagadas, motor rugiente, con su carga de tabaco o alcohol si es en sentido de levante a poniente, y con “Hachis”, si el sentido es contrario;

el contrabando en esta zona es amplio y diverso, pagando todo está permitido.

“Los Salazones” es un amplio restaurante bien repleto de pescados y mariscos, a la entrada del mismo, encontramos varias vitrinas con una gran colección de fósiles, la mayoría falsa, son tallas en mármol, pero entre ellas hay algunas que otras joyas verdaderas.

Tenía el restaurante varios salones de diferentes tamaños, también tenía expositores frigoríficos a rebosar de fresquísimos pescados y mariscos. En este restaurante, se reunían hombres de negocios cristianos y musulmanes, peninsulares y de Melilla, incluso había algunos que trataban de negocios legales, pero indudablemente, la mayoría eran contrabandistas de mil diferentes mercancías. Se da el caso de que un negocio es legal a este lado de la frontera y es mercancía de contrabando en el otro.

Melilla como otras tantas ciudades del mundo, por su situación geográfica, estatus político y tradición, ha sido y es, una ciudad de contrabando. Muchas veces los negocios legales, son tapaderas; la mayoría de sus mercancías, o van de contrabando hacia Marruecos, o vienen de contrabando desde Marruecos.

De España para Marruecos se hace contrabando de Alcohol, ropas deportivas, vajillas, leche, zumos, tabaco, electrodomésticos y un largo etc. De Marruecos a España las mercancías son fundamentalmente algo de artesanía en cuero o madera, “Hachis” y putas.

Juan y Mustafa, fueron primero a la pequeña barra de espera del restaurante y pidieron dos cervezas y un plato de “Ortigas de Mar”. Este plato está hecho a base de Actinias, la Actinia equina es un cnidario que vive sujeta a las rocas y que queda al

descubierto en la bajamar, tiene muchos pequeños tentáculos repletos de células urticantes, de aquí su sabor agrio y su nombre.

Después de la cerveza, Juan se pasó al rioja, el moro continuó con la cerveza, ellos no tienen la costumbre de beber vino; pidieron una ración de gambas y otra de langostinos de la “Mar Chica”. Una especie autóctona, que se pesca en un lago marino con poca comunicación con el mar Mediterráneo; debido a la poca profundidad de sus aguas, y a su aislamiento casi total, mantiene este lago una altísima salinidad.

Aseguran los pescadores españoles, que esta especie de langostinos, fue traída por los pescadores murcianos desde el “Mar Menor”, que se encuentra en los términos murcianos de Cartagena y San Javier, y que es físicamente muy parecido a la “Mar Chica” de Nador.

A las nueve de la noche, abandonaron la barra, para pasar a un reservado en el que tenían una mesa preparada para cuatro comensales. Juan llevó su copa a la mesa, pero Mustafa abandonó la cerveza y pidió un refresco de cola, para esperar a los otros musulmanes; como el alcohol está prohibido por su religión, ellos no beben delante de sus correligionarios.

Poco tiempo después llegaron Abdelkader y Mohatar, dos musulmanes dueños de algunas de las fincas que Juan debía visitar. Saludaron a “Monsieur Juan”, preguntaron por toda su familia, se llevaron la mano al pecho, a la altura del corazón, y tomaron asiento entre sonrisas teatrales y reverencias.

Juan es un ingeniero industrial, de mediana edad, cuarenta y siete años, trabaja para una empresa de extracción de esencias, y parte de su trabajo consiste en visitar Marruecos cada seis meses, para tomar muestras, comprobar calidad, hacer previsión

de cosecha, ver infraestructuras y tomar diferentes medidas sobre determinados productos agrícolas, como naranjas verdes del tamaño de un huevo de paloma o menores, hinojos, jara, tomillo y otras hierbas aromáticas y medicinales, que después importará su empresa.

El buscar estos productos en Marruecos, fundamentalmente se debe, al precio de la mano de obra, unas diez veces más barata que en España; esto hace posible una recolección rentable.

Pidieron la comida, de primero, unas cigalas de mediano tamaño, abiertas y a la plancha. Juan fue el único que pidió vino blanco para comer, los otros tres se declararon abstemios y solo bebían agua. De segundo, ellos pidieron dorada a la sal, una pieza de más de un kilo para los tres musulmanes. Juan tuvo que insistir para que le trajeran unos “Armaos”, también abiertos y a la plancha, es este un pescado típico de la zona, poco comercializado y que consiste en un pez de la especie del “Rubio”, pero recubierto de una coraza como si fuese una cigala, con muchos pinchos.

Mientras comían, concretaron el plan para el día siguiente, se reunirían en el parador a las ocho de la mañana, desayunarían y saldrían hacia la frontera de Beni-Enzar, irían primero a Berkane, luego a Oujda. Esta última ciudad, situada en la frontera con Argelia, después pasarían por Taza y llegarían hasta Fez para dormir en esta ciudad, capital del antiguo reino del mismo nombre.

Terminada la opípara cena, se despidieron Abdelkader y Mohatar, que fueron a pagar a la caja registradora situada en la barra; Mustafa se quedó para acompañarlo después hasta el Parador.

De camino al hotel, al pasar por la plaza de Pedro de Estopiñán, Juan paró el coche y preguntó a Mustafa donde quería quedarse, que él sabía llegar hasta el Parador.

- No monsieur Juan, lo acompaño a su hotel, después tomaré un taxi.
- Bien, como tú quieras.

Juan sabía lo que quería el moro, llegaron al Parador, confirmaron la reserva y fueron a la cafetería. Juan pidió un güisqui y Mustafa otro; eso quería el hipócrita, beber en el Parador, sabía que nadie lo conocería en ese lugar. Media hora después, Juan aun seguía con la misma copa, Mustafa ya iba por la tercera. Juan pidió la cuenta, firmó la nota para que la cargaran a la habitación, pero Mustafa dijo al camarero.

- Pónganos otras dos, antes de hacer la cuenta.

Siempre hacía lo mismo, Juan permitió que pusieran las otras copas, pero advirtió que ninguna más, que estaba cansado y tenía que dormir, mañana le esperaba un día duro. Cinco minutos después, el moro se había tomado la copa, a esas horas tenía ya la “boca caliente”, se levantó, se despidió con una sumisa reverencia y se fue, su caminar, dejaba claro que el alcohol había llegado en abundancia a su pequeño cerebro; seguramente buscaría otro lugar para seguir bebiendo hasta desplomarse, elegiría algún tugurio de su barrio, “El Real”.

Por la mañana, a las ocho en punto, Juan desayunaba en la cafetería; al terminar de comer, pidió un segundo café, este solo y cargado, a las ocho y media aun esperaba. No le cogía de sorpresa, no es la puntualidad una virtud de los moros. Aparecieron a las nueve menos cuarto, no hicieron referencia a la tardanza, desayunaron mientras comentaban que en Marruecos, aún eran las siete de la mañana. A las nueve y media, Juan,

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

